

NARRATIVA DE CORDELIA



El jurado del Galardón Letras del Mediterráneo decidió el 27 de junio de 2025 premiar a Alfonso Mateo-Sagasta Llopis por su trayectoria literaria y la aportación al engrandecimiento de la literatura española.

Circo de Gallos



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2026

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia.es  facebook.com/reinodecordelia

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Alfonso Mateo-Sagasta, 2026

Sobrecubierta: Detalle de *Pelea de gallos en Flandes* (1889), de Rémy Cogghe

Ilustración de cubierta: Caricatura de Emilio Castelar publicada en noviembre de 1873 por T. Padró Pedret en *La Madeja Política*

IBIC: FA | Thema: FBA

ISBN: 979-13-87599-52-2

Depósito legal: M-18208-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Circo de Gallos

Alfonso Mateo-Sagasta





¡Me parece que es hora!



¡¡Seguidm



Carlitos se asombra al ver que no le reciben
con el entusiasmo que esperaba.

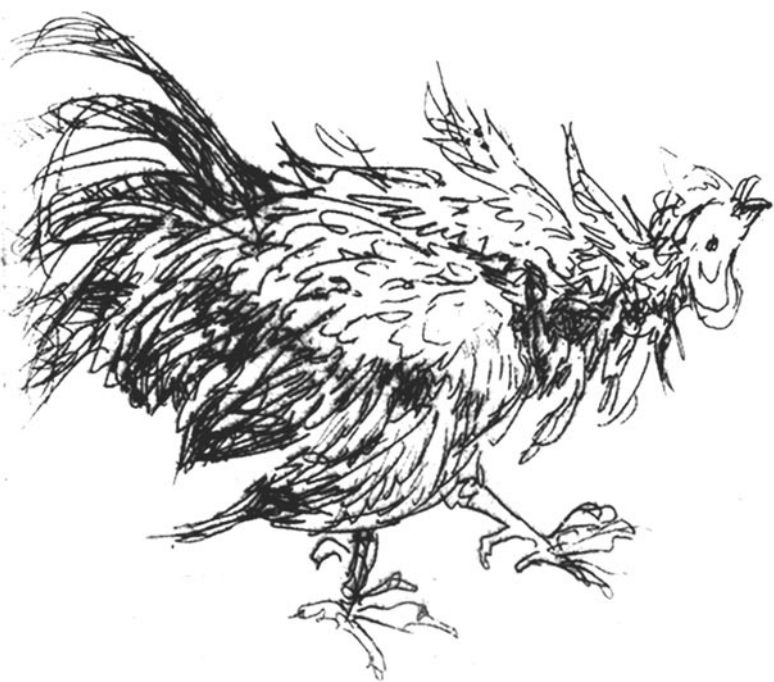


Busca un alcornoque
otra vez su



ue carlista para dejarle
nombre escrito.

Y se retira a sus hogares. ¡Hasta otra ocasión!



Índice



Un lance de honor	13
El encargo (I)	21
República o rey	53
La gallera	79
El encargo (II)	123
El terror rojo	161
El terror blanco	209
El duelo	279



¿Cómo pueden los dioses odiar tanto?

*Eneida*¹

VIRGILIO

¹ Traducción de Luis T. Bonmatí. Reino de Cordelia, Madrid, 2020.

Un lance de honor

EL CORONEL FRANCISCO QUEROL era contrario a los duelos, a sus códigos y a su lógica. Como Rousseau, pensaba que las armas ni quitaban ni ponían valor a las palabras, no volvían verdad una mentira y una calumnia no perdía su condición por bien que tirara el autor.

El coronel mantuvo en el aire la pluma y paseó la mirada por los papeles que se amontonaban en la pequeña mesa cedida por la patrona de la pensión, doña Pura, antes de volver a echar un vistazo por la ventana. Aún hacía calor a pesar de estar a finales de septiembre; aquel año se resistía el otoño. La ausencia de luna convertía la plaza del Rey de la ciudad de Castellón en un pozo negro del que apenas emergían los soportales a espaldas del retén de soldados reunidos en torno a una pequeña fogata. Todos fijaban la mirada en el caldero donde bullía el café. Un mozo atravesó la plaza con dos mulas del ramal camino de la plaza del Ravalet, y el silencio era tan absoluto que sus cascos resonaron sobre la tierra apisonada. Una hilacha de aroma de jazmín tardío lo devolvió a sus pensamientos.

¡Lance de honor!

Bellas palabras para definir un acto absurdo en el que se manejaban conceptos como ofensa, descortesía, burla, opinión, fama e intención. Sobre todo la intención.

Francisco hubiera deseado contar con el don de la elocuencia. Era el momento de plasmar un pensamiento poético o una máxima lapidaria, pero no se le ocurría nada fuera del estilo seco y marcial que le caracterizaba y que hacía tan sobrios y aburridos sus informes. «Tampoco es importante», se dijo resignado. En realidad, a esas alturas lo único que le preocupaba era no hacer el ridículo. Y no es que no le doliera perder la vida, no. Claro que le dolía. Pero hacía tiempo que pesaba sobre él una condena a muerte de las que impone la naturaleza, de las inapelables, no de las que dictan la sociedad o los tribunales, siempre al albur de las circunstancias.

La espera era lo que le pudría el alma.

Ahora que tenía la certeza de que el final estaba próximo, su obligación era poner en orden sus asuntos personales, y ninguno tan urgente como levantar acta del encargo que le había llevado hasta allí. Sin embargo, y en esto dio muestras otra vez de debilidad, primero pensó en los dos años que llevaba desahuciado por los médicos y en cómo había afectado eso a su vida.

En el momento en que la ciencia fijó su muerte, tenía una novia casi veinte años más joven. Su nombre era Elena Roqueta Dauñi, nacida en Morella, su mismo pueblo. Las familias de ambos eran amigas y sus padres casi socios: el de Elena, un gran propietario agrícola que mantenía extensos rebaños de ovejas y cabras, proporcionaba

lana al de Francisco para la fábrica de fieltro. Francisco conocía a Elena desde que nació; la había cuidado y jugado con ella cuando los visitaban siendo niña y se había divertido con el desarrollo de la muchacha cada vez que volvía al pueblo tras sus largos periodos de instrucción en el ejército. En esas ocasiones ella siempre le demostraba su inclinación, franca de niña, retraída y vergonzosa en la adolescencia y coqueta en la juventud, y él poco a poco había empezado a considerarla como mujer. Frisando él ya los cuarenta y ella los veinte años se decidió a pedir su mano. La noticia fue recibida con gran regocijo por ambas familias, se celebró una sonada fiesta de compromiso y acordaron celebrar el matrimonio unos meses más tarde, en otoño.

En otoño de 1868.

Pero vino la revolución, y con la revolución, la guerra. Y luego el Gobierno provisional con Prim, y la Constitución de 1869, y la búsqueda de un rey, y... La boda se fue retrasando. Siempre había algo urgente que hacer en servicio de la patria, pero cuando asesinaron a Prim a finales de 1870, Francisco decidió dejar el ejército y regresar a Morella, casarse y ponerse a trabajar con su hermano en la fábrica de la familia, o en lo que fuera pero lejos de la política.

Entonces fue cuando le diagnosticaron tisis en estado terminal.

Llevaba meses con una tos seca muy molesta. El doctor Miralles, gran especialista de renombre en Granollers, le diagnosticó en principio un catarro mal curado, lo que según él podía explicar también la ronquera y los esputos

esporádicos de gránulos color pardo flotando en un líquido ambarino. Con unas tisanas y unos días de reposo pensó que todo se solucionaría, pero la tos no remitió. Todo lo contrario. Ya era conocido entonces que la tuberculosis era causada por algún tipo de microbio que se encontraba en los esputos de los enfermos, pero Miralles siguió descartándola en su caso porque, según él, el factor principal del contagio no era otro que el hereditario, como demostraba el hecho de que se diera con frecuencia en individuos de carácter débil y escrofuloso. En consecuencia, dado que él era un hombre robusto y sin antecedentes familiares, persistió en su diagnóstico de pulsión pulmonar o bronquitis, y mantuvo el tratamiento. La tos, si bien floja, era constante y le impedía descansar, de modo que poco a poco fue perdiendo peso y adquiriendo un aspecto macilento. No tardaron en aparecer las hemoptisis, que no extrañaron al galeno porque con tanta tos no era raro que se rompiera algún vaso superficial de la garganta y manchara de sangre el pañuelo. Fue doña Francisca, esposa del general Prim, con quien tenía un trato muy cercano dado su puesto en el entorno de su esposo, quien le impelió a pedir una segunda opinión a un médico amigo suyo, el doctor don Evaristo Salgado, de Hellín, especialista en enfermedades de pecho, como rezaba la placa de su consulta en la calle de la Cruz. Este galeno fue quien le diagnosticó de inmediato tuberculosis en estado avanzado. Según le explicó, seguramente el frío, una fiebre alta o la aspiración de vapores ácidos habían producido una titilación en las paredes externas de los lóbulos de los pulmones, provocando una formación de tubérculos que habían inficionado

y descompuesto el órgano. Como Francisco no recordaba haberse visto expuesto ni haber padecido ninguna de esas causas, el médico insinuó que la tisis también podría deberse a las consecuencias de los tratamientos con mercuriales, pero al saber que él tampoco padecía sífilis ni ninguna otra enfermedad venérea, don Evaristo concluyó que en su caso debía de estar causada por la tenia, o lombriz solitaria, que tantos tenían sin sospecharlo. Al parecer, si el gusano lograba meter la cabeza en el fondo de la garganta ocasionaba una fuerte tos, así como catarro seguido de romadizo cuando ascendía hasta las fosas nasales pasando por detrás del velo del paladar. Con objeto de liberarlo del parásito, don Evaristo le hizo mantener durante dos días una dieta exclusiva de bacalao salado con privación absoluta de líquidos antes de colocarlo en cuclillas con el culo a tres dedos de un lebrillo lleno de leche. El gusano, deshidratado, debería salir a beber, pero después de varias horas de espera sin que hubiera ningún movimiento el médico le entregó un botijo y se fue al casino.

Fuera cual fuese la causa, lo importante era poner los medios para curarse, de modo que se volcó en recuperar el tiempo perdido con las tisanas mascando corteza de granada y lacto-fosfato de cal e inyectándose bajo la piel viales de sangre de cabra y suero de perro. Una vez a la semana se daba masajes en el pecho con sangre tibia de conejo dejándose luego la piel del animalito recién degollado en torno a la garganta, e incorporó a su dieta aceite de hígado de bacalao, vino con quina y jugo de carne. Por desgracia, pasados unos meses sin experimentar ninguna mejoría, el médico le dijo con cruda franqueza que habían

llegado tarde, que su caso era muy grave, terminal, y que no le daba más allá de un año de vida.

Un año de vida. Don Evaristo sabía de lo que hablaba, estaba claro, y que ahora hiciera más de dos de aquello solo confirmaba la eficacia de su tratamiento.

¿Y qué podía hacer con un año de vida?

Conocía el proceso, no era ningún secreto: un tedioso nomadeo entre clínicas de reposo y la lenta agonía en un hospital. Pensó en suicidarse y acabar con todo. No era un hombre religioso, no temía ningún castigo por semejante pecado, pero su familia sí, sobre todo su madre, y no quiso amargarle el final de su vida. Por eso pidió que lo enviaran a Cuba. Una bala en el campo de batalla le pareció más limpia, y la muerte en combate más digna.

En cualquier caso, lo de casarse quedaba descartado. Quería mucho a Elena y no estaba dispuesto a arruinarle la vida dejándola viuda sin disfrutar casi las mieles del matrimonio. Le pareció una vileza obligarla a cumplir en plena juventud siete años de luto riguroso, para que cuando volviera a la vida fuera demasiado mayor para encontrar un nuevo marido. No, eso no. Mejor liberarla de su compromiso y que empezara su vida con un mozo sano y con futuro.

Escribió una carta a Elena contándole las circunstancias y justificando su decisión. Fue la carta más difícil que había escrito en su vida. Había hecho bien, estaba seguro de ello, pero es cierto que no había esperado respuesta. Tan pronto depositó el sobre en el correo, se embarcó rumbo a Cuba con la idea de morir pronto y rápido. Pero no había manera. Toda situación penosa siempre es

susceptible de empeorar, y en su caso a la tisis se sumaron la disentería y la malaria, pero lo más sorprendente es que su pobre y castigado cuerpo lo aguantaba todo mientras a su alrededor jóvenes fuertes y saludables caían como gorriones en una helada.

Si lo que deseaba era una muerte rápida, tendría que pegarse un tiro él mismo.

El coronel se reacomodó los cojines de la silla y volvió a dejar la pluma suspendida en el aire después de mojar de nuevo la punta en el tintero.

«Desde el principio», se dijo, «desde el encargo».

El encargo (I)

NUNCA PENSÓ que volvería a Madrid.

El hecho de estar de nuevo en el café de Fornos, en plena calle de Alcalá, le pareció, más que un sueño, una pesadilla. Al desembarcar en La Habana borró su pasado, no existía más que el presente, su memoria no iba más allá del viaje en barco, pero desde que había regresado a la Península los recuerdos emergían en dolorosas ráfagas.

A esa hora el local estaba poco concurrido, y el azar, o el capricho, le llevó a ocupar la misma mesa de la última vez. No había cambiado nada desde la inauguración en verano del 70. Todo parecía igual: las pinturas de techos y paredes, las aparatosas lámparas de gas sujetas por estatuas de bronce, los cómodos divanes, los tapices, las alfombras.

Francisco dejó el sombrero de copa en una silla vecina, apoyó en el respaldo su bastón de caña con mango de marfil y ordenó un café. Al sentarse le llegó el efluvio de alcanfor del agua sedativa que se había frotado en las axilas, hombros y pecho, como hacía cada mañana después de asearse.

«¿Por qué me han hecho volver?», se preguntó.

El camarero dejó la taza de café sobre la mesa y un par de jarritas con leche fría y caliente. A Francisco le gustó que la porcelana del servicio ya no fuera alemana ni la cucharilla de plata, un pequeño signo de decadencia para mostrar que el tiempo no era inclemente solo con él. Depositó un pequeño terrón de azúcar en la cucharilla y esperó a que empapara antes de remover el líquido con un sutil tintineo.

—Cerillas... cerillas... —le ofreció una pequeña contrahecha que pasaba entre las mesas del café. Compró una caja, le dio una buena propina y sacó una tagarnina del bolsillo interior de la levita.

En esa mesa en la que apoyaba su mano blanca y temblorosa era donde había escrito la carta a Elena despidiéndose para siempre y liberándola del compromiso de matrimonio. Recordó sus dudas, si debía o no extenderse en los motivos, la elección de las palabras precisas para evitar dar la sensación de mendigar compasión. Odiaba inspirar lástima.

—Salmerón sabrá cómo arreglar todo esto, ya verá usted, es un hombre honrado —escuchó decir a un hombre con aspecto de tendero que escupía entre las palabras hebras de tabaco escapadas de su cigarrillo.

—Ser buena persona no creo que sea suficiente —respondió su contertulio agitando la cabeza—. Caras de la misma moneda, se lo digo yo. Ese también es federal, ¿no? No espere usted gran cosa.

El coronel pidió al camarero los periódicos disponibles, incluso los atrasados, si aún conservaba alguno. El

mozo se acercó con ejemplares de varios días de *Iberia* y el *El Debate*, progresistas; *La Regeneración*, carlista; *La justicia Federal*, intransigente... «Por lo que se ve», pensó, «el Fornos no pone reparos a ninguna tendencia ideológica».

Entre los titulares leyó: «Pi y Margall ha impedido que el batallón Iberia entre en Cartagena y ha permitido la insurrección cantonal; ¡Cartagena se declara cantón!». «Curiosa esta historia de los cantones», pensó, «y cómo se ha adoptado con naturalidad una denominación territorial tan ajena a nuestra historia». La única división territorial en cantones que a él le sonaba era la Suiza. Todo iba demasiado rápido para que él lo pudiera entender.

—Jefe, ¿limpia?

Francisco levantó la vista del periódico y vio a un hombre pequeño, cargado de espaldas y con una toba apagada en la comisura de la boca. El labio, ligeramente amoratado, caía sobre el mentón como el pico de una jarra. De su brazo derecho colgaba un cajón de madera con el asa convertida en la huella de un zapato.

—Adelante.

En otro periódico leyó «Se suspenden las sesiones de Cortes»; y en otro «Alianza de la derecha republicana con el centro y la izquierda para apartar a Pi y Margall del Gobierno»; «Nicolás Salmerón nuevo Presidente». Todo aquello había pasado en cuestión de horas, en la diferencia de edición de un diario a otro. El último en ojear fue *La justicia Federal*, que instaba a sus lectores, federales de toda España, a «realizar la República Federal, y venga después lo que quiera. ¡Viva la República Federal con

sus naturales consecuencias!». Aquello le pareció una llamada abierta a la insurrección, pero ¿qué quería decir eso de «naturales consecuencias»?

Francisco estaba confuso. No sabía quién era quién en ese batiburrillo, ni qué diferenciaba a Pi y Margall de Salmerón y por qué, siendo ambos republicanos, se declaraban enemigos y se disputaban el Gobierno. Se encogió de hombros. En el fondo hallaba cierto placer en verse arrastrado por la vorágine de un fuego que quemaba gobiernos como sarmientos.

—¿Usted entiende algo de lo que está pasando?

—Natural —respondió el limpiabotas sin alzar la vista del suelo—. Que los de siempre quieren seguir mandando, y el pueblo está hartó.

—¿Quiénes son los de siempre?

El hombre lo miró con recelo.

—Si no lo sabe, es que es uno de ellos.

Francisco sonrió y le soltó dos reales de propina. Luego fijó la mirada en el fresco que cubría la zona donde estaba sentado, una alegoría dedicada al té. Un grupo de angelotes revoloteaban entorno a una lustrosa matrona envuelta en paños con un pecho descubierto. Uno de ellos servía una taza de té que la mujer sostenía en su mano derecha. Otra joven a su espalda apuraba el suyo con cara de satisfacción. Recorrió el techo del local en busca de las otras alegorías que recordaba, y desde su mesa descubrió fragmentos de la del café, la del chocolate y la de los licores y helados.

Se acercaba la hora. Abandonó sobre el cenicero la tagarnina mediada, se sacudió la pechera de la levita y comprobó por enésima vez que no tenía manchas en el

chaleco. El ministro había insistido en que acudiera a la cita vestido de civil, nada de uniforme. Menos mal que había incluido un par de levitas ligeras en su equipaje. Ahora podía intuir sus razones al ver la agitación que reinaba en las calles. Se sintió inseguro, para un militar como él era difícil saber cómo comportarse en un país que libraba tres guerras civiles simultáneamente.

Dejó dos monedas sobre el mármol del velador, y con un cañón de pluma de ganso cebado con alcanfor en la boca se encaminó despacio por el arranque de la calle de Alcalá hacia la Puerta del Sol. De todos los remedios que le habían recetado para aliviar la tisis, el de los «cigarrillos» de alcanfor era el más agradable. Todo el centro de la ciudad parecía militarizado. Retenes de infantería ligera, de Guardia Civil y de la milicia urbana ocupaban las calles de Alcalá y Atocha y la plazuela de Antón Martín. Sobre todo controlaban los accesos a la Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo y el Prado. El espacio entre el Palacio de la Gobernación y el Congreso de los Diputados parecía el patio de armas de un cuartel en maniobras. Entre medias, discurrían grupos de tipos con gorros frigos y banderas negras, los intransigentes partidarios de Pi y Margall, que no iban a darse por vencidos. Esa gente había tomado la dimisión de su líder y guía espiritual como una provocación, y mascaban la respuesta.

El coronel hizo un alto junto a la fuente para recuperar el resuello y controlar un ligero ataque de tos. De inmediato se cubrió la boca con un pañuelo que manchó con pequeñas gotas de sangre. Se limpió cuidadosamente el bigote y la barba antes de sacar un trozo de corteza de gra-

nada silvestre que llevaba en una cajita de metal en el bolsillo del chaleco. Dejó que se ablandara debajo de la lengua antes de masticarla despacio. La corteza de granada silvestre era un buen remedio para contener los accesos de tos y las expectoraciones. Carraspeó y, más tranquilo, se dirigió a la puerta del Ministerio de la Gobernación.

La Guardia Civil vigilaba el acceso del antiguo Palacio de Correos. Los guardias estaban equipados como en campaña, incluso llevaban caladas las bayonetas. Una compañía entera ocupaba el zaguán de entrada. El palacio de Gobernación parecía el puesto de un alto Estado Mayor en batalla, más que la oficina de un Gobierno de una moderna nación europea.

El oficial de guardia lo estaba esperando. Dio aviso a secretaría y un solícito bedel lo acompañó inmediatamente hasta el despacho del presidente. Golpeó dos veces en la alta puerta de doble hoja y abrió sin esperar respuesta invitándole a pasar con un gesto. Francisco dio un paso al frente y sintió cerrarse la puerta a sus espaldas.

El despacho era amplio y luminoso, gracias a los balcones que se abrían en el muro frontero a la puerta. A su derecha había una gran mesa de roble con dos sillas delante, y al otro lado un tresillo alrededor de una mesa baja de café. Dos alfombras de nudo español de la Real Fábrica enmarcaban cada uno de esos espacios. En las paredes, blancas y casi desnudas, solo colgaban tres cuadros, retratos de Agustín de Argüelles, Juan Álvarez Mendizábal y Rafael del Riego, curiosamente ninguno republicano. Pero sobre todo le llamó la atención el silencio. La agitación que se respiraba en la calle no parecía llegar allí, aunque los

montones de carpetas y documentos que llenaban las dos mesas y una de las sillas indicaban lo contrario.

Al entrar intuyó, más que vio, a tres personas. El titular, por así decirlo, ocupaba el sillón tras la mesa, y en una de las de visita se sentaba Eulogio González Íscar, un hombre de unos cincuenta y cinco años, enjuto, blanco de piel, con las guías del denso bigote afiladas como agujas de tricotar y una pequeña mosca bajo el belfo. El ministro de la Guerra era el más viejo de la reunión. Otro caballero, a quien no identificó en un primer momento, ocupaba uno de los sillones del tresillo.

—Caballeros —dijo González Íscar saltando de su silla—, les presento al coronel Francisco Querol.

—Mi general —respondió este cuadrándose a pesar de su atuendo.

—El señor presidente don Nicolás Salmerón, don Emilio Castelar —añadió el ministro señalando sucesivamente al que ocupaba la mesa y al del sillón.

Francisco reconoció entonces a Castelar, un diputado que le caía bien. Recordó haber leído con gusto sus argumentos en defensa del laicismo en las Cortes constituyentes del 69, cuando preguntó a los reaccionarios en qué parte del Valle de Josafat creían ellos que estaría el alma de España. No, señores, añadió entonces, el Estado no puede tener religión, porque el Estado no se confiesa, no comulga, no muere... Hasta el mismo Fernando III el Santo permitía a los moros de Sevilla tener sus propios alcaldes y mezcuitas.

Ambos políticos se pusieron en pie y respondieron con un cabezazo a su gesto de saludo. De inmediato, Salmerón

le indicó que se sentara en el sitio que acababa de dejar el ministro.

—Señor presidente, si no desea nada más, voy ahora mismo a enviar los cables.

—Adelante, don Eulogio.

Francisco se sentó en el borde de la silla con la espalda recta. No se sentía cómodo, ni mucho menos, con el presidente de la República enfrente y el famoso diputado Emilio Castelar a su espalda, los dos hombres cuya alianza había sacado del Gobierno a Pi y Margall hacía apenas cuatro días. Y lo peor es que no tenía ni idea de por qué lo habían llamado.

El presidente abrió despacio una carpeta que tenía sobre la mesa, tan despacio que Francisco tuvo tiempo de fijarse en él.

Nicolás Salmerón era un hombre de tez aceitunada y cuidada barba negra, densa como el vellón de una merina. La frente le crecía casi hasta la coronilla, aunque leves hilachas velaban el cuero cabelludo. El resto del pelo, rizado y espeso, se arremolinaba en torno a sus orejas, y sus ojos negros se veían enmarcados con un halo de suave tinte violáceo. A pesar de su juventud —Francisco calculó que no llegaba a los cuarenta años—, parecía envejecido, sensación que acentuaban, quizás, la levita y la corbata negras.

—Coronel Francisco Querol Mansilla —leyó con voz firme.

Dejó pasar unos segundos.

—Nacido en Morella, provincia de Castellón, en 1829, de padre industrial —dijo alzando la vista hacia Francisco a cada dato para confirmar que no había errores—. En el

48 participó en la guerra contra el conde de Montemolín —ahí hizo un mohín y el pulgar resbaló sobre el papel—, el autoproclamado Carlos VI, a las órdenes de don Francisco Fernández de Córdova. Se alistó como soldado con dieciséis años... Muy joven. ¿Por qué?

Como un fogonazo, Francisco recordó la cara de su madre al recibir la noticia de la muerte de su tío, miliciano nacional, cuando él apenas tenía diez años, al final de la primera guerra contra los carlistas.

—Motivos personales.

Salmerón asintió sin levantar la vista de los papeles y volvió a demorarse antes de proseguir.

—Veo que luego decidió ingresar en la Academia de Ingenieros de Guadalajara. Tenía usted diecinueve años. Parece que entrar en combate le despertó la vocación castrense.

—La tenía desde niño, pero mi padre me quería en la fábrica. Hasta que no fui hombre no pude tomar mis propias decisiones.

Salmerón alzó la mirada. No esperaba aclaraciones al comentario sobre la vocación, pensaba en voz alta, pero la respuesta del coronel le despertó la curiosidad.

—Disculpe, ¿de qué era la fábrica?

—Textil. Fabricábamos fieltro. Fabricamos, mejor dicho, mi hermano sigue con el negocio.

Salmerón asintió y pasó deprisa varias páginas que debían de reflejar sus años de Academia y los de su carrera en tiempo de paz, hasta que encontró lo que buscaba.

—Se unió a Prim en septiembre del 68 —dijo al fin rompiendo el silencio—. Y combatió en la batalla del

puede de Alcolea a las órdenes del general Francisco Serrano, con el rango de comandante...

«Un suceso triste y sangriento», pensó Francisco mientras asentía, el innecesario choque con el ejército del marqués de Novaliches que marchaba hacia el sur a restaurar el orden y defender el trono de Isabel II; veinte mil hombres empeñados en un inútil derramamiento de sangre cuando ya la reina tenía puesto un pie en el estribo del tren que la llevaría a Francia.

—En el regimiento de...

—Segorbe.

—Segorbe, sí. Ustedes fueron los que iniciaron el fuego, y luego acometieron a la bayoneta al batallón de cazadores de Madrid...

—No es exacto. El fuego lo inició la primera brigada de cazadores, que estaba integrada también por los batallones de Simancas y Tarifa. El Segorbe no estaba solo.

—Bien, pero su carga a la bayoneta fue el principio del fin.

Francisco se irguió orgulloso, pero el gesto pasó inadvertido.

—Hecha la descarga nos meamos en la cazoleta, como le gustaba decir al general Espartero. Y cargamos, sí.

El coronel sintió que Castelar se removía en su asiento. Salmerón cambió bruscamente de tema.

—Su participación en Alcolea le supuso el ascenso a teniente coronel.

—Sí señor, me lo concedió el general Prim cuando fue ministro de la Guerra.

Salmerón volvió a detenerse. Parecía haber llegado a un punto crucial.

Francisco sintió a Castelar rebullirse de nuevo a su espalda, y esta vez no pudo evitar girarse para mirar. El joven diputado estaba recostado en el sofá y se acariciaba el espeso bigote con la mano derecha. Tenía el rostro encendido y le chispeaban los ojos, pero mantuvo el silencio.

—Y luego el general Prim lo nombró edecán a su servicio directo.

Francisco estaba incómodo, no acababa de ver a dónde iba a parar Salmerón.

—Supongo que para llegar a ostentar un puesto de tal importancia hay que compartir cierta afinidad ideológica.

«Quiere saber si soy monárquico», pensó Francisco, «y a mí poco me importa lo que piensen de mí a estas alturas».

—Me uní a la revolución del general Prim para echar de España a la dinastía Borbón —dijo pronunciando despacio cada palabra—. Luego estuve a su lado durante la elaboración de la Constitución de 1869 —y tras demorarse unos segundos, añadió—, y después participé también en la búsqueda del rey que ciñese con honor y dignidad la nueva corona.

Salmerón fijó en él la mirada.

—¿Es usted monárquico? —preguntó sin más rodeos.

Francisco respiró hondo. Le molestaba tener que repetir.

—Le digo que estuve al lado de Prim mientras luchaba por definir el Estado como una monarquía democrática. Sí, apoyé la monarquía de Amadeo I, pero no sé nada de los actuales tejemanejes de los borbones. De ninguna de las dos ramas.

—¿Pero apoyaría una nueva monarquía?

Francisco esbozó una ligera sonrisa. Aquel interrogatorio le empezaba a hacer gracia. Se habría reído si no temiese que la risa le provocara un ataque de tos y la consiguiente lluvia de perdigonazos sanguinolentos sobre los expedientes que le rodeaban.

—Mire —respondió con cierta sorna—, yo fui a Cuba cumpliendo órdenes de Amadeo I, y ahora estoy aquí sentado acatando las de un presidente de la República. No sé qué puedo añadir... Haré lo que me ordene el Gobierno legítimo que sea representante de la soberanía nacional.

Salmerón lanzó una mirada por encima de su hombro, y el coronel supuso que la cruzaba con Castelar. Aunque ninguno dijo nada, el cambio de tono de la siguiente pregunta hizo evidente que les había gustado su respuesta.

—Veo que pidió el traslado a Cuba en el 71.

Francisco asintió.

—¿Por motivos políticos?

—No creo que eso tenga ya importancia.

Salmerón alzó los ojos y lo miró con reprobación. Él decidiría qué era o no importante.

—En Cuba sirvió a las órdenes del teniente coronel del Estado Mayor Arsenio Martínez Campos... ¿Qué opinión le merece la guerra de Cuba?

Francisco lo miró con prevención. ¿De verdad querían saber su opinión? ¿Debía dársela? ¿Debía decirle que la guerra no era lo que él esperaba? ¿Que en el fondo era un conflicto entre los pequeños propietarios del este contra los grandes hacendados del oeste que financiaban a los voluntarios y les daban carta blanca para comportarse

como hienas en el campo enemigo? ¿Que el ejército revolucionario carecía de armamento y que a veces se enfrentaban a ellos armados solo con machetes de madera? ¿Que él y muchos de sus compañeros estaban hastiados de defender a ricos sacarócratas dueños de grandes plantaciones, esclavistas y negreros, o a sus descendientes y herederos? ¿Que la guerra no había cambiado en nada la exuberante forma de vida de los habaneros más pudientes, encallados en sus privilegios? ¿Que era imposible ganar una guerra a la defensiva, basada en la vigilancia de la trocha, ese enorme foso fortificado que atravesaba la isla y la dividía en su punto más estrecho? ¿Que el mayor cambio apreciable era que a los negros cimarrones ya no los cazaban los rancheadores sino la Guardia Civil? ¿Que cómo se entendía que ni siquiera Carlos Manuel de Céspedes, el cerebro de la sublevación, plantease claramente el fin de la esclavitud?

—Es difícil de explicar. Pero creo que a la larga perderemos.

—¡La esclavitud es una vergüenza que acabará arrastrándonos a todos!

Le sorprendió la voz aflautada, casi femenina, de Castelar a su espalda. Francisco esperó que siguiera hablando, pero la frase había sido solo un exabrupto incontrolable. «Al menos en ese tema todos los republicanos parecen estar de acuerdo», pensó.

Don Nicolás se puso bruscamente en pie con varios papeles en la mano, rodeó la mesa e indicó al sorprendido coronel que lo acompañara a unirse en el tresillo con Castelar. Se sentó en un extremo del largo sofá de tres piezas y señaló

la butaca que estaba a su lado. En el trayecto, Francisco tuvo tiempo de observar al diputado Castelar. Iba vestido con levita y pantalones grises y chaleco blanco de piqué. A pesar de la seriedad de su atuendo y de tener algunos años más que el presidente, parecía mucho más joven.

—Coronel —dijo Salmerón cruzando las piernas—, lleva usted casi dos años fuera de la Península, no sé si es consciente de lo que está ocurriendo.

Francisco amagó una sonrisa. El atender las perentorias necesidades de su tropa en el trópico lo había mantenido demasiado ocupado como para seguir la evolución política del país, pero recordaba bien la situación que dejó al partir. Por aquel entonces mandaba el Partido Progresista, el gran vencedor de la Revolución del 68, con Prim al frente. A su izquierda estaba el Radical, un partido republicano en el fondo pero sin complejos a la hora de participar en el sistema de monarquía democrática propuesto por Prim. A su derecha sobrevivía a duras penas el partido Conservador, monárquicos en su mayoría pero que aborrecían la nueva dinastía de Saboya; y los carlistas, que veían en el desencanto general una nueva oportunidad para reinstaurar la monarquía compuesta, el absolutismo y la teocracia católica. «¿Qué ha sido de toda esa gente?», se preguntó. La mayoría estaban escondidos o en el exilio. Aquellos partidos parecían haber desaparecido. Ahora la lucha política se libraba entre los que pretendían construir una república desde el poder, proclamando una constitución y una división territorial pactada en el Parlamento, y los llamados Intransigentes, que propugnaban la destrucción del Estado tal y como se co-

nocía y su reconstrucción a partir de un proceso asambleario en el que primero debían constituirse los municipios en entidades independientes, los famosos cantones, para dar luego paso a un lento proceso de negociación entre todos hasta llegar a constituir la soñada República Federal.

—Sé lo que publican los periódicos —respondió con prudencia.

—Entonces dependerá de los que lea —murmuró Castelar con ironía.

Francisco miró a Castelar preguntándose de nuevo cuál sería su papel en aquella reunión. Por lo que él sabía, no ocupaba ningún cargo en el actual Gobierno y tampoco en el Congreso, aparte del de diputado y jefe, eso sí, de la facción republicana más conservadora que había apoyado la llegada al poder de Nicolás Salmerón.

El presidente habló tranquilo, con la espalda erguida, sin apenas mover las manos:

—Verá, coronel, no es un secreto que hace tres días don Carlos cruzó la frontera para ponerse al frente de su ejército, como hicieron su abuelo y su tío. El nuevo pretendiente de la causa carlista amenaza con montar su propio Gobierno y su propio Estado en las provincias vascas, Navarra y parte de Aragón y Cataluña. También hay brotes carlistas en Valencia, Extremadura y hasta en Castilla la Nueva, y tememos que se afiance en el Maestrazgo.

Francisco se mantuvo en silencio y Castelar recostó la barbilla sobre su pecho.

—El carlismo se expande como la mala hierba sin nadie que le haga frente —sentenció Castelar.

Salmerón alzó despacio la mano como si pidiera licencia y esperó unos segundos antes de volver a tomar la palabra.

—Pero para detener a los carlistas antes debemos poner orden en nuestra retaguardia —dijo, y abrió un nuevo inciso para resaltar lo que pensaba declarar a continuación—. Coronel, debe saber que estoy decidido a acabar con el cantonalismo y declarar a los intransigentes traidores a la República.

Francisco abrió los ojos a pesar de que intentó ocultar el efecto de esas palabras. Con disimulo miró a Castelar, que seguía recostado en la butaca con la barbilla pegada al pecho, y volvió a prestar atención al discurso del presidente, que iba subiendo el tono poco a poco.

—Los sublevados en los cantones han desacreditado a la federación, han escupido, manchado y abofeteado todos nuestros ideales. Son unos ignorantes aventureros que se dedican a guerrear entre sí o a exigir botín a las poblaciones cercanas. ¿Se lo puede creer? Hoy mismo se ha levantado Alicante, después de que la fragata Victoria, del cantón de Cartagena, amenazara su puerto. ¿Qué se puede hacer contra eso? El Gobierno no dispone de una flota que se les pueda oponer.

Francisco asintió con la cabeza.

—Comprenderá que en este estado de guerra es imposible acometer ninguna reforma social. La reforma educativa, la sanitaria, corregir el trabajo infantil... Todo parado. ¡Estoy con las manos atadas viendo cómo se desmorona la República por culpa de los republicanos!

Francisco lo escuchaba sin saber qué decir.

—He visto que las calles son un hervidero —dijo al fin en un susurro— ¿Qué es lo que esperan de mí? —se atrevió a preguntar.

Su talante animó a Salmerón a entrar abiertamente en el asunto que los reunía.

—¿Conoce usted a Francisco González Chermá?

«¿González Chermá?», pensó el coronel, «¿Quico Chales?». Sí, claro que conocía a Quico Chales, su padre era el dueño del mejor taller de zapatería de la calle de Enmedio y de toda la ciudad de Castellón. Él le había descubierto ese mundo, su mundo, cuando lo enviaron a estudiar a la ciudad; recordaba bien los paseos por el foso de la muralla liberal, los lavaderos, las fiestas en los bodegones de la vieja judería con su violín; Chales era buen violinista y buen amigo, era un chico de palabra fácil, bienintencionado, generoso.... Seguro que ahora sería un hombre bueno.

—Sí, lo conozco. Fuimos compañeros y amigos.

—No sé si le ha seguido la pista los últimos tiempos.

—Hace años que no sé nada de él. No lo he visto desde que dejamos el colegio.

Salmerón leyó uno de los papeles que sostenía sobre su regazo.

—Presidente desde el 62 del Comité Democrático de Castellón; condenado a muerte tras el intento de golpe del 1866, pena que le fue conmutada por veinte años en el penal de Tarragona. Amnistiado en el 68, tras la revolución. Desde entonces, sus opiniones políticas se han ido escorando hacia el Partido Republicano y ahora es parte del movimiento intransigente federal.

—Siempre fue un buen hombre, franco y honrado —lo defendió Francisco.

—Nadie lo duda —dijo Salmerón torciendo un poco el gesto—. En Castellón lo adoran, por lo que se ve. En el 69 lo nombraron alcalde, y ha salido elegido diputado cuatro veces.

—Ya le digo que...

—Por eso es tan importante contactar con él y convencerlo de que se una a nosotros —se adelantó Castelar.

—¿Convencerlo...?

—Forma parte muy activa del movimiento cantonal —añadió, tajante, Castelar—. Sabemos que frecuenta el club republicano de Antón Martín y que está muy relacionado con Roque Barcia y su Junta Revolucionaria de Salud Pública.

—Coronel —dijo Salmerón muy serio—, debe saber que he dado órdenes al general Pavía de que reprima a los cantones de Andalucía, y al general Martínez Campos para que se encargue de los de Levante —Francisco asintió despacio, asimilando el alcance de esa declaración—. Lo que esperamos de usted es que se haga cargo de mantener el orden en Castellón hasta que Martínez Campos pacifique Valencia.

—¿Yo solo? —preguntó el coronel, ante la enormidad de la misión.

—Iría como agente encubierto a las órdenes de Martínez Campos, o de quien él designe para ese territorio.

—El asunto es urgente porque los federales intransigentes siguen una política de hechos consumados —comentó Castelar—. Pi y Margall nos ha colocado al borde del abismo.

La afirmación quedó flotando como una máxima durante unos segundos.

—Pero Pi y Margall es un republicano federal... como ustedes —dijo el coronel inseguro y sorprendido por tan tajante declaración—. Por lo que yo sé, compartían un ideario común...

Castelar fue el primero en responder.

—Tiene usted razón —dijo, y el tono agudo de su voz volvió a sorprender al coronel—. Reconozco mi parte de responsabilidad en este desastre. Durante mucho tiempo presenté la República Federal como la panacea de todos nuestros males. Yo fui quien dijo que debíamos imitar a EE. UU. o a Suiza, que tenía treinta y tantos cantones, y que España estaba compuesta por estados independientes entre sí que deberían estar unidos por un consejo federal y un presidente. Todo eso es verdad. También prediqué que la República traería la armonía y el bienestar definitivos, pero nunca dije que sería de inmediato. Mi intención era sembrar ideas para el futuro, hacer soñar a la gente, darles esperanza y una razón por la que luchar.

Francisco se fijó en que había utilizado el verbo «predicar». «Bien dicho», pensó, muy preciso. A eso sonaban sus discursos, sermones de una nueva religión. Mientras hablaba, Francisco se fijó en su cara de mejillas rellenas, en el cuello ancho, el espeso bigote, la nariz chata, en la frente despejada casi hasta la coronilla. Un peculiar sumo sacerdote con lentes de montura de oro y patillas flexibles enroscadas en las orejas.

—Era una teoría, sí. Una utopía, en realidad —convino Salmerón—, porque se necesitan utopías para avanzar, para marcar el camino.

El presidente se miró los pantalones, se estiró el chaleco y acarició la leontina de oro de su reloj.

—Seamos francos —replicó Castelar—. Pi y Margall permitió el desorden para hacerse con el poder. Es responsable de no haber impedido nada y de no haberse enfrentado a nadie en ninguna parte. Confiaba pacificar a sus correligionarios cantonales gracias a la nueva Constitución republicana que pensaba dictar él, reformas sociales y negociación. Pero todo lo que ha hecho solo ha servido para destruir la República. Mientras fue ministro de la Gobernación con Figueras, y luego presidente del Gobierno, recomendó a los alcaldes que reprimieran los movimientos locales «sin efusión de sangre». ¡Sin efusión de sangre! ¿Sabe usted qué quiere decir eso? En la práctica, dar libertad absoluta a los alborotadores. Pi pasó meses alimentando a la bestia y creyendo que podría dirigirla y contenerla, y ahora no hay quien se haga con ella. No sé quien decía hace poco muy certeramente que Pi y Margall tiene la complicidad de la inacción y la responsabilidad del silencio.

—El pueblo no es filósofo —murmuró Francisco. Salmerón no apreció la ironía. Castelar, sin embargo, hizo una mueca burlona que quedó disimulada tras el bigote. A Francisco le dio la sensación de que le hubiera gustado decir algo, pero que se mordía la lengua—. No pueden culpar al pueblo de creer en sus palabras y exigir que se hagan realidad.

—Nosotros aceptamos nuestra parte de culpa —declaró Salmerón, tajante—. Pero tiene usted razón. El pueblo quiere ver realizado ese sueño que le mostramos tan

al alcance de la mano, y lo quiere ya. Por todas partes han surgido revolucionarios comités de salud pública que desoyen las decisiones del Gobierno y pretenden suplantar a las instituciones municipales; en Cartagena, en Sevilla, en Sanlúcar, en Béjar, en Valencia, en Barcelona, en San Fernando... Hay que pararlos.

—El de Madrid está dirigido precisamente por un diputado de Castellón, Roque Barcia, ¿lo conoce? —comentó Castelar.

—No —dijo Francisco, alerta de nuevo por lo que le pudiera concernir.

—Normal. Creo que es onubense.

—De acuerdo. Entiendo lo que me piden. Buscaré a González Chermá y trataré de convencerle de que renuncie a su idea de República Federal.

Según lo decía, el coronel Querol se daba cuenta de lo absurdo de la misión que le encomendaban. Él no tenía formación política y su única arma frente a un revolucionario como al parecer era Quico Chales sería evocar el recuerdo de una adolescencia común. No parecía ese un argumento suficientemente sólido.

Salmerón dejó caer la espalda recta sobre el respaldo de su butaca y se reincorporó en el acto. Aquel pequeño gesto parecía haberle servido de descanso.

—Bien, porque hay otro problema en Morella que requiere atención urgente.

Francisco lo miró con recelo. Morella era su ciudad, y conocía muy bien su historia y el papel que había jugado en las recientes guerras civiles. Siete años de asedio continuo de unos y otros, de miedo e incertidumbre, una

lengua de tierra entre dos mares, el vórtice de una guerra de una crueldad inusitada.

Salmerón siguió hablando:

—Es un tema delicado que cuelga desde la abdicación del rey Amadeo. ¿Conoce usted a algún oficial del antiguo Cuerpo de Artillería?

La mente de Francisco se iluminó de golpe. La expulsión de los oficiales del Cuerpo de Artillería había sido el detonante que había forzado la abdicación del rey Amadeo. Hasta Cuba había llegado la onda expansiva del escándalo y la malicia con que habían actuado los radicales inducidos por los republicanos federales. La táctica no fue otra que obligarlo a enfrentarse a la voluntad de las Cortes, y en ese sentido, la propuesta de disolución del Cuerpo de Artillería fue definitiva. En él se concentraba lo mejor del ejército, los oficiales más aptos, pero también los más conservadores y monárquicos. Los radicales decidieron sustituirlos por sargentos, lo que en definitiva era una forma de disolverlo. Los oficiales acudieron en busca de amparo al rey como capitán general de los ejércitos. Amadeo vio que entre la disolución del Cuerpo de Artillería y la eliminación de las Ordenanzas Militares, el ejército quedaría prácticamente desarticulado, y eso en plena guerra contra los carlistas. Era una medida absurda, una provocación, en realidad. El rey intentó razonar y retrasar la firma, pero sin dar tiempo a nada, los radicales presentaron el decreto en las Cortes y estas lo aprobaron. A partir de ese momento, a Amadeo, que había dicho que nunca recurriría a las armas y que un rey democrático nunca debía imponerse a la soberanía nacional, no le quedó más salida que abdicar.

Sintió lástima otra vez por Amadeo, le parecía un rey que había llegado con buenas intenciones pero no le habían dado ninguna oportunidad.

—No conozco a ninguno, al menos que yo sepa. Pero sí sus circunstancias.

—Sabemos que varios oficiales de alta graduación, de los expulsados del Cuerpo de Artillería, se encuentran en Morella. Al parecer han hecho gestiones en el entorno de don Carlos, coquetean con contactos en Cantavieja para unirse a la facción, y en ese sentido han manifestado la confianza que les infundiría el que el general Cabrera se hiciera cargo de las operaciones militares.

—¿Cabrera? —saltó Francisco—. ¿Cabrera se va a hacer cargo del ejército carlista?

A Francisco se le contrajeron las pupilas como a un gato deslumbrado. ¡Cabrera! El Tigre del Maestrazgo. La bestia. Tenía diez años, pero le seguía obsesionando la sensación de encierro derivada del continuo bloqueo a Morella de la división volante de Cabrera y los asaltos carlistas en el 36. Como recordaba cuando al año siguiente los crestas rojas tomaron San Mateo y su tío, voluntario nacional, fue hecho prisionero. Regía en el Maestrazgo el terrible derecho de represalias, y todos los que se rindieron fueron asesinados a golpes de bayoneta. Que los montes se cubran de sangre, había gritado Cabrera cuando fusilaron a su madre por el único delito de haberlo alumbrado, y vaya si cumplió su palabra. En Morella seguía cuando la ocuparon los carlistas dos años después, y luego vivió el sitio de la ciudad en el 40. ¡El horror!

Salmerón negó despacio con la cabeza.

—No, no. Creemos que no. Pero sospechamos que sus agentes se lo quieren hacer creer a los oficiales del Cuerpo de Artillería para inducirlos a que se pronuncien a favor de Carlos VII, de modo que luego no puedan retractarse. Y sería creíble, porque de hecho Cabrera asumió durante un tiempo la dirección política y militar del movimiento, aunque luego renunció a todos sus cargos.

—Pero nosotros también nos hemos movido —intervino Castelar—. Un contacto acaba de regresar de Baden Baden, donde Cabrera ha pasado unos días de descanso en el Hotel de la Rosa. Ha indagado en sus opiniones y asegura que le ha oído decir que nunca levantará las armas por este pretendiente.

—¿Y ustedes lo creen? —preguntó Francisco escéptico. Castelar dudó antes de contestar.

—Digamos que, aunque no es nuestro amigo, al menos parece que ha dejado a un lado el tradicionalismo ultramontano. Cabrera se ha casado en el exilio con una rica terrateniente de Surrey, y se ve que la vida en la campiña inglesa le ha templado la sangre.

—En cualquier caso —protestó Francisco—, no veo qué puedo hacer para evitar que los carlistas convenzan a los oficiales de Artillería de que Cabrera piensa tomar el mando de su ejército. ¿Cómo podría yo desengañarlos? ¿Por qué habrían de creerme? Ni yo mismo lo creo.

—Porque usted les podrá presentar un documento firmado por José Escobar que desmiente esa idea.

—¿Escobar? —repitió el coronel. Le sonaba el nombre por una curiosa anécdota que había oído en tiempos de su servicio a las órdenes de Prim.

—Es el director de *La Época*.

—Un periódico conservador —aclaró Castelar—. Le aseguro que su opinión no les resultará sospechosa.

—¿Tienen ustedes ese documento?

—¡No! —reconoció en el acto Salmerón—. Escobar pensaba publicarlo, pero luego pensó que lo tomarían por una invención y pasaría inadvertido, de modo que ha preferido dárnoslo a nosotros.

Francisco se quedó esperando que le dijeran a cambio de qué, que le dieran una letra, un pagaré o una bolsa de oro, pero sin dar más detalles el presidente cambió de tema.

—Hemos asignado a un asistente para que le acompañe en todo momento, un hombre de nuestra confianza, y que creemos que a usted también le será grato.

Salmerón se dirigió a la puerta, se asomó un instante y al momento regresó con un joven vestido de civil con levita color tabaco y pantalones claros de lino. El hombre llevaba la chistera en una mano y en la otra un bastoncillo de caña. Se cuadró al entrar como un militar.

—Coronel, tengo entendido que ya conoce al capitán Cuevas.

Francisco lo miró despacio. Recordaba al jovencísimo alférez Cuevas, pistola y sable en mano, defendiendo el paso del puente al frente de su sección ante la carga enloquecida del marqués de Novaliches. Alcolea fue su bautismo de sangre. La compañía quedó prácticamente deshecha y él salió del campo con el grado de teniente.

—Capitán Cuevas —dijo Francisco poniéndose en pie y devolviendo el saludo militar—. Lo conozco, en efecto. Encantado de verlo de nuevo, Leandro.

—Mi coronel —respondió este, cuadrándose.

Salmerón sonrió satisfecho.

—Me alegra ver que hay sintonía entre ustedes. El capitán Cuevas ha sido nuestro contacto con Escobar. Él se lo presentará.

—¿Cuándo?

—He fijado una cita esta tarde a las siete en el circo gallístico de Teresa de Córdoba —se adelantó a responder el capitán.

—Gracias, capitán.

El capitán Cuevas salió del despacho y Francisco se encaminó despacio hacia la puerta. Castelar abandonó también la butaca y se puso a su lado. Francisco se sorprendió de lo bajo que era, le llegaba por el hombro. Así de pie se veía macizo, aunque no gordo.

—Coronel, creo que está todo dicho. ¿Tiene alguna pregunta?

—Creo que está claro —intentó resumir el coronel—, me piden que acabe con la revolución cantonal y con la amenaza carlista en Castellón. Claro y sencillo.

Castelar y Salmerón sonrieron y asintieron en silencio. Francisco se recolocó la levita con los hombros y se estiró el chaleco. Pese al tono ligero que había utilizado estaba muy lejos de sentirse relajado. Visto lo visto, el Gobierno podía cambiar en cualquier momento y entonces no sabría a quién acudir ni a qué atenerse.

—Pero me gustaría hacerles un par de preguntas. La primera es ¿qué hacen las Cortes ante todo este desbarajuste?

—¿Las Cortes? —respondió Castelar—. ¡Son los propios diputados quienes alientan las revueltas! Ya son cin-

cuenta y siete los que han abandonado la Asamblea para irse a sus pueblos a levantar cantones contra la misma República. En este momento la insurrección campa en treinta y dos provincias.

El diputado cabeceó apesadumbrado con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Es una tragedia —añadió respirando hondo—. Todos están dispuestos a respaldar la represión más dura posible contra los carlistas y los internacionalistas, pero nadie se mueve cuando se trata de acotar los desmanes de los federales intransigentes. Amigo mío —añadió poniendo una mano en el hombro del coronel—, resulta imposible discutir una Constitución, definir nuevas instituciones y una nueva división territorial, cuando estamos al albur de la demagogia roja al sur y la demagogia blanca al norte.

—¿Y la segunda pregunta? —inquirió Salmerón.

El coronel los miró como si tomara distancia.

—¿Por qué yo? No creo que mi amistad con González Chermá...

Salmerón cruzó con Castelar una mirada de complicidad antes de hablar.

—No, no. Eso solo ha sido una feliz coincidencia. Si quiere saber la verdad, resulta que obra en mi poder una carta singular del general Martínez Campos, de servicio en Cuba, al entonces ministro de la Guerra. Tal vez conozca usted el contenido.

Francisco se quedó desconcertado por un instante, inseguro.

—Me temo que no sé a qué se refiere.

—Es de hace más de un año. Si quiere leerlo —dijo Salmerón tendiéndole el papel—. Es un extracto del documento original.

Francisco tomó el papel y leyó el texto transcrito en buena letra:

«Este oficial vino a Cuba en busca de una muerte honrosa que abreviara su existencia, amenazada irrevocablemente por una tisis aguda en tercer grado. Su vida es un milagro que solo puede realizar una fuerza de voluntad admirable y una energía extraordinaria. En los campamentos vive muriéndose; en las marchas apenas puede sostenerse a caballo; a los buques hay que llevarlo en camilla. Pero a pesar de todo se niega a dejar el ejército; quiere morir en él, y yo utilizo, en beneficio de la nación, la vida que le queda, el claro talento que tiene y la buena voluntad y energía de que está dotado».

Un silencio denso envolvió al trío mientras Francisco leía. Salmerón, visiblemente emocionado, sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente y las mejillas.

Francisco sintió un acceso de ira ante lo que le pareció una flagrante violación de su intimidad, pero se contuvo. Recordó que había cubierto la travesía desde La Habana encogido en un coy, las veces que lo habían tenido que transportar en angarillas por la trocha mientras inspeccionaba los puestos de vigilancia, el soldado que montaba a la grupa de su caballo en las marchas largas para evitar que se cayera.

—¿Enfermó usted en Cuba? —preguntó Salmerón.

Francisco demoró la respuesta hasta que pudo controlar el tono.

—Señor presidente, me resulta incómodo que un asunto personal haya trascendido de esta manera —dijo masticando las palabras—. Y me sorprende también que usted haya tenido acceso a un documento de carácter evidentemente privado.

—No lo es, aunque entiendo su desconcierto. El párrafo que ha leído estaba incluido en un informe oficial remitido al ministerio, no es una carta personal del general. Pero en cualquier caso, creo que es lo de menos, coronel.

—A nadie le incumbe mi situación personal.

—Al ejército le incumbe. Y al Alto Estado Mayor, si juzga necesario su servicio.

Francisco asintió, aceptando la situación.

—Está bien. Creo que enfermé en otoño del 70, aunque no me diagnosticaron hasta febrero del 71.

—¿Por eso pidió el traslado?

Una sonrisa torcida asomó al rostro del coronel.

—Por eso, y porque vi que en España ya no había justicia. Decidí irme en cuanto el general Serrano detuvo a cuatro don nadies y echó tierra sobre el asesinato del general Prim.

—¿No estuvo usted implicado en su investigación?

—No. Y lo siento.

—¿Y eso?

—Creo que la instrucción del caso fue... descuidada. Por decir algo.

Salmerón asintió consciente de a qué se refería el coronel, temió enfangarse en el asunto pero le fue imposible no preguntar.